

materia la forma; el instinto conoce la forma sin la materia; el discurso pasa mas adelante, y comprehende con universal especulacion aquella particular naturaleza que se distribuye en partes, y la inteligencia tiene mas perspicaz vista; porque remontándose mas allá del universal distrito, mira aquella misma forma simple con los ojos de su idea purísima en que se debe reparar que la virtud superior de comprender abraza y contiene dentro de sí á la inferior; pero ésta de ningún modo puede hombrar con aquella; porque ni el sentido estiende su jurisdiccion fuera de la materia, ni el instinto registra las universales especies, ni el discurso comprehende la forma simple; mas la inteligencia, como quien ocupa el mas supremo grado, concibiendo en su idea la forma, distingue todo lo que baxo de ella se incluye, y lo comprehende del propio modo que la forma misma, que de ninguna otra virtud es comprehensible; porque conoce lo universal del discurso, lo formal del instinto, y lo material del sentido, sin valerse de sentidos, de instinto, ni de discurso, sino registrándolo formalmente de una vez todo y para decirlo así, con una ojeada no mas de su mente. Tambien el discurso, quan-

do mira alguna cosa universal, comprehende lo imaginable y lo sensible sin valerse de la imaginacion, ni los sentidos; porque la definicion de lo universal de su concepto es esta: *el hombre es animal racional, de dos pies*, el qual aunque es universal conocimiento, y aunque se considere con racional concepto, y no con la imaginacion ni los sentidos, con todo eso nadie ignora que lo que aquí se define es sensible é imaginable. La imaginacion tambien, si bien debió su origen á los sentidos del ver y figurar las formas, con todo eso de ellos separada comprehende qualquiera cosa de las sensibles; sin que las eche menos, con sola su imaginativa. ¿No adviertes pues, cómo para conocerlo todo le sirve mas á cada uno su naturaleza propia que la de las cosas que se conocen? y esto no sin mucha razon; porque siendo qualquiera juicio acto del que juzga, es preciso que cada uno perfeccione su obra, no por la agena, sino por su propia virtud.

METRO IV. DEL LIBRO V.

*De la estoyca secta antiguamente
habia unos Filósofos confusos,
que defendian que la humana mente*

los sentidos é imágenes recibe
 de lo exterior del cuerpo donde vive,
 así como en la tersa
 campaña del papel la veloz pluma
 formar las letras suele:
 mas si la mente humana por sí no hace
 jamás acción alguna, y siempre yace
 sujeta á las imágenes del cuerpo,
 y solamente, como fiel espejo,
 retrata en su reflexo
 las formas que proceden del sentido,
 al ánimo ¿de dónde le ha nacido
 este tan general conocimiento
 con que lo alcanza todo?
 ¿quál superior esfuerzo tan atento
 advierte en cada cosa, y ya advertidas
 las distingue? y despues de distinguidas
 ¿quién las reduce á un lazo, y las recoge?
 ¿quién las sendas escoge
 alternativamente,
 ya subiendo á lo sumo, á lo eminente;
 ya baxando á lo humilde, á lo abatido?
 ¿y cómo, finalmente,
 haciendo parangon de sí, á sí propia
 el alma allá en lo oculto y escondido
 de su idea convence con lo cierto
 de la verdad de la opinion lo incierto?
 Esta superior, alta, sabia mente
 es la causa eficiente,
 y mucho mas sublime,

que la que, á modo de materia, sufre
 el carácter ó forma que la imprime
 otra superior mano:
 verdad es que precede de antemano
 algun afecto corporal, que excita,
 despierta, aviva, mueve, avisa, incita
 los afectos del animo,
 como quando la luz yere los ojos,
 ó resuena la voz en el oido;
 y entonces conmovido
 el vigor de la mente,
 llamando las especies semejantes
 á las que el cuerpo siente,
 las proporciona á aquella exterior forma,
 que el sentido le informa,
 y mezcla estas imágenes
 á las que retiradas
 en lo mas interior viven guardadas.

PROSA V. DEL LIBRO V.

Y si para conocer los objetos, aunque
 es verdad que las formas que se ofrecen
 excitan los sentidos exteriores, y que al
 vigor del ánimo precede algun corporal
 afecto, que va sirviendo de norte por
 donde gobierne sus operaciones el enten-
 dimiento, y despierta las formas que ya-
 cen sosegadas en lo intrínseco de la idea;
 si para conocer los objetos, digo, no se

transforma la mente humana en las especies que á los sentidos del cuerpo se les proponen, sino que las percibe y discierne por su propia virtud, y conforme su naturaleza propia; cuánto mas cierto es que aquello que está libre y exento de todo género de pasión corporal, se valdrá de la pureza de su mente, sin que tenga necesidad de seguir las pisadas de los objetos exteriores para conocerlos? Y así por esta razón repartió la naturaleza varias especies de conocimientos á diferentes géneros de animales, porque á los inmovibles, como son las conchas del mar, y todas las demas sabandijas que nacen arraigadas á los peñascos, les cupo solamente el sentido, sin que se mezclase con el otro conocimiento alguno. Mas á los brutos movibles, en quien parece que reyna algun afecto de huir y de apetecer, se les infundió el instinto; pero el discurso es prerogativa de que solamente goza el humano género, así como la inteligencia se halla no mas que en el divino; de donde procede que aquella noticia, que no solo comprehende su propio objeto, sino que abraza tambien los objetos de las demas, sea mas excelente que todas. ¿Qué sería pues, si el sentido y el instinto quisiesen oponerse al discurso, diciendo que

lo universal que él juzga que conoce no tiene realidad, y que es no mas que un ente de razón; porque lo que es sensible ó imaginable no puede ser universal; y que segun esto, ó no podía haber cosa que fuese sensible si la opinión del discurso era cierta, ó pues sabía él que en el sentido y el instinto se comprehendian tantos objetos, era vano el juicio que hacia, considerando como universal lo singular y sensible? Y si el discurso replicase contra esto, que él conocia en razón de universal quanto es imaginable y sensible; pero que ellos no podian remontarse hasta el conocimiento de lo universal, porque su noticia no puede pasar de las corporales formas; ¿y qué mas crédito se debe dar al mas firme, perfecto, y superior conocimiento? Nosotros pues, en quienes se incluyen todas las calidades, así de discurrir como de imaginar y sentir, ¿no era preciso que en semejante controversia nos hiciésemos á la vanda del discurso? Pues lo mismo viene á ser, que el discurso humano juzgue que no puede la inteligencia divina percibir lo futuro sino como él lo percibe; porque el argumento que haces es éste: si hay alguna cosa que dexé de estar sujeta á necesarios y precisos sucesos, no podrá saberse de ella

que ha de suceder precisamente ; luego no hay ciencia que conozca anticipadamente semejantes cosas ; y si creemos que la hay en estas tambien , no habrá suceso que no sea preciso. Si como somos pues capaces de discurso , pudieramos alcanzar tambien la profundidad de la mente divina , así como nos ha parecido que el sentido y la imaginacion deben ceder al discurso , del mismo modo juzgaríamos que el discurso humano debe sujetarse á la mente divina. Arribemos pues si es posible á la encumbrada cima de aquella superior inteligencia , que allí verá el discurso lo que no alcanza á ver en sí propio ; verá allí, digo, cómo aun lo que está expuesto á inciertos y varios lances lo mira la providencia con seguridad y certidumbre , sin que esta sea opinión falible , sino pureza de aquella ciencia suma que excede el distrito de todo límite.

METRO V. DEL LIBRO V.

*De quán distintas formas
diversos animales*

con tantas diferencias

son de la tierra varios habitantes!

De prolongados cuerpos

hay algunos que barren

el polvo con el pecho,

y van arando surcos desiguales;

Otros con leves plumas

cortando el viento fácil

alados peces nadan

el anchuroso golfo de los ayres;

Hay otros cuyas huellas

imprimen las señales

de las plantas , y habitan

ó en campos verdes , ó en sombríos valles!

Mas aunque en las figuras

tan diferentes nacen,

en llevar se parecen

á la tierra inclinados los semblantes.

Solo el hombre entre todos

levantado le trae,

y con derecha forma

parece que desdeña el suelo grave.

Tu forma pues te avisa,

ó mortal! que pues sabes

mirar con frente altiva,

y sublimado rostro el cielo amable,

Tambien del mismo modo

el ánimo levantes,

porque , pues sube el cuerpo,

no quede el alma en mas humilde parte.

PROSA VI. DEL LIBRO V.

Y pues, como se declaró poco ha, todo lo que se llega á entender se conoce no por su naturaleza propia, sino por la de aquel que lo comprehende; exâminemos ahora quanto fuere posible qual sea la esencia de la divina substancia, para que así podamos alcanzar tambien qué ciencia sea la suya. Comun sentir es en los dictámenes de todos que Dios es eterno; consideremos pues qué cosa sea la eternidad: porque esta nos dará á entender de una vez la naturaleza, y ciencia divina: es pues la eternidad *una posesion perfecta, y toda junta, de una vida interminable*; lo qual se declara mejor cotejándolo con lo temporal, porque todo lo que viene en el tiempo, llegó de lo pasado á lo presente, y baxa de lo presente á lo por venir y no hay en el tiempo cosa que pueda abrazar de una vez todo el espacio de su vida junto; porque el dia de ayer le perdió ya, y el de mañana no le tiene aun, ni el mismo dia presente de hoy se vive mas dilatado término que aquel: transitorio y deleznable momento, y todo aquello que sigue la inconstancia del tiem-

po, aunque como del mundo lo juzgó Aristóteles, nunca hubiese empezado, ni hubiese de acabar nunca, y corriese parejas su vida con la eternidad, habríno vendría á ser de tal calidad que propiamente pudiera llamarse eterno; porque si bien es sin límite su vida, no la abarca ni posee toda junta, ni á un mismo tiempo; porque lo futuro aun no lo goza, y lo pasado ya no lo tiene. Aquel pues se llamará con propiedad eterno, que comprehende, y abraza juntos, y de una vez los colmos de una vida interminable, sin que nido por venir esté ausente para él nido pretérito haya huído de su presencia, y este precisamente, conociéndose á sí mismo, habrá de asistirse presente siempre, y tener presente tambien la infinidad del tiempo movable; en que se vé quán más fundados van algunos que oyendo decir que juzgó Platon que este mundo ni tuvo principio de tiempo, ni habia de tener fin, se persuaden á que segun esto viene á ser eterna esta fábrica del mismo modo que lo es su hacedor; porque una cosa es durar, y permanecer todo el infinito espacio de una vida interminable, que es lo que prohibió Platon al mundo, y otra cosa es tenerla presente, abrazada de una vez, y toda junta, que es propiedad de

la divina mente. No se ha de juzgar que Dios es mas antiguo que las cosas criadas por la cantidad del tiempo, sino por la calidad de su pura y simple naturaleza; porque aquel movimiento infinito de las cosas temporales imita el comprehensivo y siempre presente estado de aquella vida inmóvil; y como no puede llegar á igualarse, ni á copiarlo bien, se contenta con tener sucesivamente lo que no puede alcanzar junto. Y de aquella pureza y simplicidad absoluta de mirarlo presente todo, mengua y se reduce á gozar de un infinito espacio de tiempo, que se compone de pasado y venidero; y como no puede poseer juntos ni de una vez todos los dilatados espacios de su vida, parece que en aquel no dexa de ser jamás, y en aquel no acabarse nunca, compete en alguna manera con aquella eternidad, á que de ningun modo puede igualarse; adhiriéndose siempre á la presencia de cada uno de estos veloces y transitorios momentos, que porque tiene alguna semejanza con aquella presencia inviolable, hace que todos los instantes á que se aplica parezcan subsistentes: mas, como no puede estar parada, emprendió una carrera de tiempo infinito; y así sucede que pasando de un ser á otro, goza continua-

damente de una vida cuyos espacios no los pudo comprehender permaneciendo; de modo que si queremos hablar con propiedad siguiendo á Platon, diremos que Dios es eterno; pero el mundo perpetuo. Y como qualquiera idea hace juicio de los objetos segun su naturaleza propia de ella, y es el estado de Dios eterno, y siempre presente; tambien su ciencia absoluta excediendo el movimiento y variedad de los tiempos, lo mira presente todo, y abarca los infinitos espacios de lo pretérito y futuro, lo vé todo en la pureza y simplicidad de su alto conocimiento, como si estuviera sucediendo ya. De modo, que si deseas dar legitima ponderacion de esta ciencia que desde ab eterno lo reconoce todo, no has de imaginar que es noticia anticipada, ó presciencia de lo porvenir, sino ciencia infalible de sucesos siempre presentes; y por esta razon no se llama previdencia, sino providencia, como quien colocada lejos de lo humilde de la tierra desde la excelsa cumbre de su solio provee, y mira presentes todas las cosas. ¿Cómo intentas pues probar tú que las que ven aquellos divinos ojos han de quedar forzosamente atadas á los lazos de la necesidad, si ni aun los hombres hacen que sean precisas las que miran? por-

que pregunto ¿impones tu vista necesidad alguna á las cosas que vé presentes? Por ningún caso: pues si en quanto á lo presente, puede darse digno similitud entre lo divino y lo humano, así como mirais vosotros algunas cosas presentes con vuestra vista temporal, las reconoce Dios todas con la suya eterna; de modo que este soberano conocimiento no altera la propiedad y la naturaleza de las cosas, porque las mira en sí presentes del mismo modo que despues con el curso del tiempo han de ir sucediendo, y sin confundir el juicio de cada una: con sola una vista suya sabe con distincion así las que han de suceder necesariamente, como las que no están sujetas al yugo de la necesidad; así como quando veis vosotros andar en la tierra un hombre, y nacer en el cielo al sol, aunque lo veis todo á un tiempo, sabeis distinguir que aquello es voluntario, y esto forzoso. Del mismo modo pues, penetrándolo todo la divina vista, de ninguna manera turba la qualidad de las cosas para sus ojos presentes, mas para el tiempo futuras; con que ya esta no viene á ser opinion falible, sino conocimiento asegurado en la verdad; pues quando conoce que ha de suceder alguna cosa, tampoco ignora que no precisamente está obliga-

da á suceder: si me arguyeres contra esto, diciendo que lo que Dios sabe que ha de suceder es imposible que no suceda, y que lo que no puede dexar de ser, ya viene á estar sujeto á las leyes de la necesidad, y me obligarés á concedértela en alguna manera, confesaré esa tan mazaiva verdad, pero que apenas ha llegado á desentrañarla sino alguno que se esmeró en especular la naturaleza divina, porque responderé que aquello vendrá á ser necesario quando se refiere al conocimiento divino; pero que quando se considera en su naturaleza propia, es libre y absoluto, porque hay dos géneros de necesidades; una simple, así como es necesario que todos los hombres sean mortales; otra condicional, así como quando sabes que uno anda, es preciso que ande, porque lo que sabes tú es imposible que dexede de ser así como lo sabes; pero esta necesidad condicional no trae consigo aquella otra pura, ni á esta condicional la forma su naturaleza propia, sino la condicion que se le añade; porque no hay necesidad que obligue á andar al que voluntariamente se pasea, aunque es verdad que quando se pasea es necesario que ande. Del mismo modo pues, si la providencia mira á alguna cosa presente, ne-

cesariamente ha de ser así; aunque de su naturaleza no la apremie necesidad alguna; y Dios mira presentes los futuros casos que penden de la libertad del albedrío; luego referidos estos á la mente divina son necesarios por la condicional del conocimiento divino; pero considerados en sí mismos nunca pierden el privilegio de su libertad propia. Suceden pues infaliblemente todos los lances que vé Dios que han de suceder; pero algunos de ellos proceden del libre albedrío; y aunque en efecto sucedan, no pierden con todo eso su naturaleza propia; porque antes que sucediesen, pudieran no suceder. Mas ¿qué importa, me podrán replicar, que no sean necesarios de su naturaleza, si por la condicional del conocimiento divino en todo y por todo suceden como necesarios? Responderé aquello que poco ha propuse del sol que amanece, y el hombre que camina; que entrambas cosas, quando se estan haciendo, no pueden dexar de hacerse; pero la una de ellas antes que sucediese era forzoso que hubiese de suceder; mas la otra no estaba sujeta á esta fuerza. Así tambien infaliblemente se efectua quanto vé presente Dios; pero de esta parte proviene de la necesidad de las cosas precisas; y parte de la eleccion de

los que las obran: luego bien diximos que estas si se refieren á la comprehension divina, son necesarias; y si se consideran en sí propias son exéntas de toda necesidad. Así como todo lo que se manifiesta á los sentidos viene á ser universal si se refiere al discurso, y es especial si se imagina en su ser. Pues si está en mi mano, dirás, mudar de propósito, burlaré la providencia; si acaso se me antoja variar lo que ella conoce. Respondo, que es verdad que tú puedes mudar de intencion; pero que como la infalible y siempre presente verdad de la providencia sabe que puedes mudarte, y está mirando tambien si te mudas, y hácia donde te inclinas, de ningun modo podrás ocultartele, ni frustrarla. Así como no es posible que huyas la vista de quien te está mirando; por mas que segun tu voluntad, hagas diferentes acciones. ¿Pues qué? replicarás; ha de ir la ciencia divina haciendo mudanzas al son de mi antojo, de manera que quando yo quiera hacer ya lo uno, y ya lo otro, haya de andar tambien ella alternando varios conocimientos? De ningun modo, porque aquellos perspicaces ojos divinos se pasean de una vez por todo lo futuro, y lo atraen, y reducen á la presencia de su conocimiento soberano; ni varia como tú

piensas los modos de conocer ya esto, y ya aquello; sino que siempre inflexible comprehende de una vez todas las variedades tuyas; y esta ciencia de mirarlo, y comprenderlo todo no la adquiere Dios de los lances ni sucesos futuros, sino de su absoluta pureza y propia simplicidad, con que tambien se disuelve aquel argumento que antes propusiste diciendo que seria absurdo que la ciencia divina pendiese de nuestras futuras disposiciones, porque la virtud de esta ciencia, abrazándolo todo, con asistente especulacion establece todas las cosas sin que reciba nada de las posteriores; y pues todo es así, absoluta y entera les queda siempre á los hombres la libertad de su albedrío, y justísimamente apercibe la suprema ley premios y penas, pues todas las voluntades se gobiernan libremente por sola su voluntad. Está asentado tambien en su encumbrado trono mirándolo todo Dios, y la eternidad siempre presente de su vision concurre con la futura qualidad de nuestras acciones, distribuyendo galardones y castigos, á los buenos y á los malos, y no son superfluas ni valdías las esperanzas y súplicas que se encaminan á Dios, que siendo bien ordenadas siempre serán eficaces. Abominad pues los vicios, seguid las

virtudes, levantad el ánimo á santas esperanzas, dirigid humildes ruegos á lo excéso, que si lo quereis entender, en grande obligacion os hallais de ser virtuosos; pues no haceis cosa que no sea delante de los ojos de un juez, á quien nada se le esconde.

FIN.

